

Gracias, viejo socarrón

JULIO RAMÓN RIBEYRO

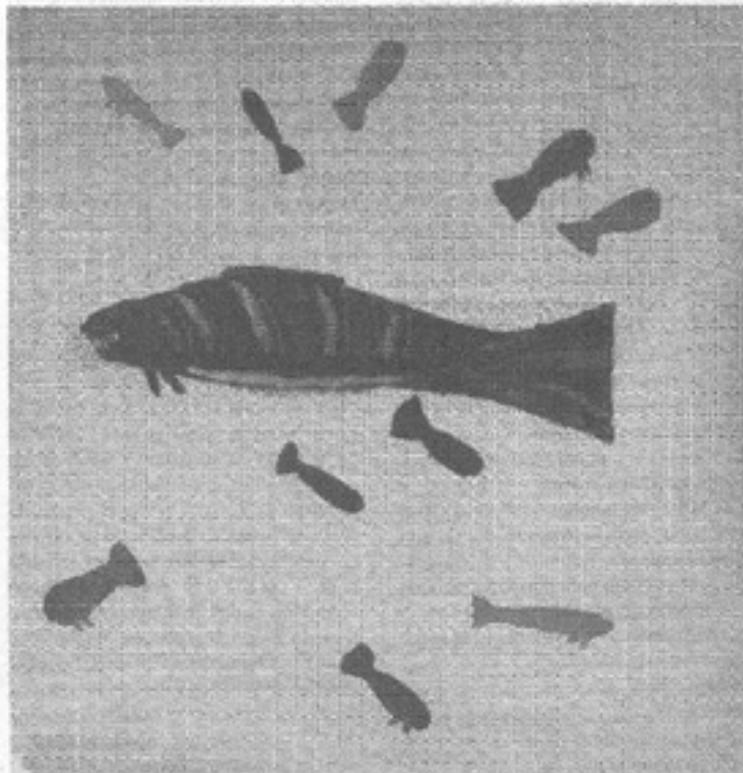
Aunque sabía que "Los autores no son a menudo los mejores jueces de su propia creación", el ganador del Premio Juan Rulfo en 1994 accedió a preparar la *Antología personal* que publicó el Fondo ese mismo año para hacer "salir como ve un autor su propia obra, lo que puede ser ilustrativo para sus lectores o críticos", según expresó en la introducción a ese volumen que busca servir de anuario en pie de lecturas riveyranas. De los artículos literarios que aparecen ahí sumamos este texto sobre la fundación mitica de Lima.

En 1843 el joven Ricardo Palma abandonó sus estudios universitarios y se enroló como marinero en un barco de la marina mercante. Se supone que esta decisión la motivó un lance amoroso que, de no hacerse a la mar, le habría costado venganza o penitencia. Pero esto es secundario. Lo importante es que al verse obligado a navegar nos hizo correr un grave peligro. Los peruanos y en particular los limeños estamos a punto de quedarnos sin historia y sin memoria.

En uno de sus viajes el nario encalló en un arrecife. Se ahogaron doce personas y otras treinta y seis perecieron estrelladas con los arcos de la costa. El joven Ricardo fue uno de los que sobrevivió tanto al naufragio como a la sed y penurias del desierto.

Esto puede parecer un hecho banal, pero ¿qué habría ocurrido si este muchacho, que hasta entonces había escrito poemas y dramas románticos, se hubiera ahogado? Simplemente, Lima no existiría. Imaginen no existiría tal como nos la representamos. "Lima fue fundada dos veces, la primera por Francisco Pizarro y la segunda por Ricardo Palma", decía un ilustre historiador. Lo que no es una broma. Nuestro patrón sería para nosotros terreno baldío, deshabitado y silencio, a no ser por los cientos de *Tradiciones* que este amigo de los papelotes escribió en el curso de su larga vida.

Lo dicho invita a interrogarse sobre



las relaciones entre un escritor y su ciudad y sobre el poder fundador de la literatura.

Que hay escritores profundamente identificados con su ciudad natal o adoptiva es un hecho conocido. La obra de estos autores es inseparable de la ciudad en la que vivieron y sobre la cual escribieron: Balzac y París, Dickens y Londres, Joyce y Dublín, Musil y Viena, etcétera. Gracias a ellos, estas ciudades nos son familiares; podríamos decir que las amamos (si nunca hayamos puesto los pies en ellas), que hemos tenido acceso a su espacio y a su espíritu. Y esto no es privilegio de los narradores, también de los poetas. Nunca he estado en Túnez ni en Estambul, pero he recorrido sus suburbios, sus increíbles y sus pueblos leyendo a Leibniz Sabá o a Naim Hikmet. Por mediación de estos autores, el lector se apropió de una

visión de lo no visto (por lejano o por pasado); que no se equipara a la experiencia directa, pero que lo sustituye y, llegado el caso, la complementa.

Pero no se trata sólo del lector, sino de las ciudades. La literatura sobre las ciudades las dota de una segunda realidad y las convierte en ciudades infáticas. Inversamente, la ausencia de esta literatura las empequeñece. Hay ciudades importantes pero que no han inspirado grandes obras literarias y que por ello mismo sigue siendo sólo eso, ciudades importantes. ¿Quién es el Balzac de Berlín, el Dostoevsky de Bruselas o el Egia de Queiroz de Brasilia? Estas ciudades pueden ser centros de interés político, económico histórico, urbanístico u otros pero, que yo sepa, carecen de plusvalía literaria; no han dado origen al o los escritores que les agreguen la dimensión sobrenatural de la literatura.

AUTORÍA

Ribeyro, Julio Ramón, 1929-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

2005

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gracias, viejo socarrón [artículo] Julio Ramón Ribeyro.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)